

## COSAS Y COSITOS



Cierro los ojos y veo la bruma sobre el lago. El viento acaricia la superficie del agua y hace tiritar las hojas de los árboles. La monotonía del panorama sólo se interrumpe allí donde una roca se encuentra con el horizonte. Puedo distinguir a lo lejos una silueta posarse sobre esa piedra, y de a poco volverse parte del gélido paisaje, dejándose envolver por el sonido del viento que domina la escena.

Su mirada se pierde en el límite entre el lago y el cielo nublado, exhala, deja que su respiración vaya y vuelva. Inhala, llenándose de aire, de energía, de la fuerza que hay en todo aquello a su alrededor. Se relaja para dejar salir el aire lleno de nuevas ideas, y muy lentamente sus ojos se abren.



De a poco mis ojos van recibiendo más del sol de la mañana hasta que me despierto, y cuando me despierto ya es mañana. El sol me regala sus rayos, me acaricia y me dejo transportar a un lugar de siluetas, fluorescencia y destellos. Esa tenue luz atravesando la ventana y me hace olvidar que después de haberme levantado, duchado, vestido y quién sabe qué más, de alguna manera me he transportado hasta este café, en el que me siento a escribir con sol y algo para beber.



Esa misma mañana encontraba a otro despertador sobre una mesa de luz. Sonó por segunda vez, ordenándole por segunda vez ponerse de pie. La noche sólo le había permitido algunas escasas horas de sueño intermitente, y el mirar a través de la ventana por sólo un segundo le alcanzó para imaginar el espantoso frío que le esperaba fuera del departamento. Se sentó en la orilla de la cama con los ojos perdidos en la alfombra por unos minutos y juntó fuerzas para despegarse totalmente de las sábanas.

Ya en el baño, y sin todavía haber terminado de evacuar las primeras preocupaciones del día, los azulejos blancos con líneas grises de las paredes a su alrededor le hacían pensar en la inapelable rutina que enfrentaba cada mañana. La pared del baño era una gigante hoja cuadriculada con una larga lista de quehaceres. Las obligaciones en la lista lograban cierto equilibrio entre la ansiedad de tener cosas pendientes, y el sosiego que le traía el haberlas completado al final del día. Suspiró, y ese poco de café le trajo un sorbo de alivio.

Algunos minutos más tarde él avanzaba ya hacia el trabajo con la mirada perdida más allá de esas calles que ya conocía de memoria. Hacia allá iba, vivía acá y venía de un poco más allá, todo igual. Hoy caminaba sin embargo con una sensación de tener algo oprimiéndole del cuello hasta los pies. No se sentía del todo bien, pero eran nada mas algunas puntadas en el pecho de las que no tenía por qué preocuparse.

Casi llegando a la oficina se iba sintiendo mejor. En su cabeza iba preparándose para iniciar la mañana, iba despejándose de lo que lo inquietaba para meterse de lleno en el trabajo. Lo llevaba un paso decidido, una línea firme, constante, uniforme, monótona. Antes de cruzar la calle sus ojos se cerraron de cansancio, y se volvieron a abrir un instante antes de que las luces cambien a verde para permitirle el paso.

//

//

A través de la ventana del café veo luces que sincronizan el movimiento de autos y peatones. Lentamente la imagen se va poniendo borrosa. Mis párpados tienen un mínimo peso, pero suficiente para lograr bajar por sí mismos sobre mis ojos. Todo se oscurece y mi cabeza cae suavemente sobre la mesa. Mi rostro, hombros, manos, todo se cubre de nada, de calma. Ya no recuerdo qué sonidos ni qué cosas me envuelven porque ahora todo es vacío y silencio.

Mientras mi cabeza descansa y suelta ideas que van rodando más allá del borde de la mesa, los tibios y suaves dedos de una mano recorren mis cabellos. Las caricias viajan desde mi nuca, pasan junto a mi oreja, despegan, los siento volar bajo para luego aterrizar nuevamente en mi cuello. Con cada bocanada cambio un poco del aire viciado que gira en mis pulmones por viento fresco, lleno de sonidos y colores. Me abro hacia aquella sensación de paz, de cansancio, de comodidad, y estoy a gusto con esos pensamientos que abrazan mis costillas. Poco a poco me veo en otro lugar, de a poco cedo, de a poco con un lápiz en mano amanezco.

///

///

La puerta del edificio se abrió, y él caminó hacia su escritorio sin saludar a nadie. Tenía un larga mañana por delante, tareas por cerrar, llamadas que hacer, y un millón de cosas que él debía tener listas para presentar en las reuniones del final del día. La mañana recién comenzaba pero ya se le estaba pasando volando.

En la oficina, la hora del almuerzo era señalada por el sonido ensordecedor del batallón de viejos hornos microondas en funcionamiento. Si las campanadas de una iglesia en algún momento sonaban a las doce y traían a los trabajadores a la mesa, hoy era otra la clave sonora que señalaba esta interrupción de la labor. Salivando esperaba frente a esa puerta detrás de la cuál su comida giraba en un recipiente plástico. Una mezcla de aromas de diferentes almuerzos llenaba el comedor y si bien aquella comida no era en lo más mínimo sabrosa, sin dudas hacía que sus entrañas comenzasen a trabajar anticipando cualquiera sea eso que las llenaría.

La cuenta regresiva indicaba que en dos minutos y veintitrés segundos la comida estaría lista. Tiempo de sobra para responder aquel email que había recibido algunos minutos atrás, pensar en esos detalles que estaban en el aire para el proyecto que comenzaría el mes próximo. Campanilla, puerta, plato, mesa, silla. Y se dió cuenta de que se dejó el tenedor sobre el microondas.

///

///

El aroma a café me trae súbitamente de regreso. En mi mano todavía tengo un lápiz con el que acaricio hojas blancas y delíneo palabras que hacen que algo vaya empezando a existir a medida que las páginas del relato se apilan. Cada página trae nuevas ideas que serán, no mejor ni peor, sino simplemente más interesantes.

De las idas y vueltas, de los altos y bajos, de los kilómetros, ciudades, paisajes, aromas, sabores, sonidos, personas, de todo eso me quedan hoy ideas y recuerdos. Todo va a parar a una enorme bolsa. Sigo girando, y sigo pensando que avanzo. Pero hasta estas palabras no son más que kilos en una mochila que todavía no sé largar. Todo es una historia y toda historia tiene varias formas de ser contada, varias formas de transmitirla, de emitirla, ¿de soltarla? Trato de cerrar los ojos después de cada párrafo para sólo imaginar, sólo respirar, sólo juntar energías para soñar despierto con una realidad que me sobrepase.

Las sensaciones que intento convertir en direcciones están ahí, pero apenas me propongo tantearlas, todo el peso de mis estructuras cae, estampando en ellas una textura que distorsiona eso que estaba allí. La estampa las transforma, pero también permite que esas sensaciones sean algo; las sensaciones sólo empiezan a ser desde el momento en que son estampadas, son en realidad, impresiones. Para entender el relieve las debo llenar de huellas dactilares y siento la forma sólo después de dejarle esa capa mía por encima, esa impronta que estampo sobre las cosas. Las impresiones son formas derritiéndose en colores que tiñen otras que que están próximas. Sigo tocando, sigo con mis lápices, sigo pintando palabras. El trazo se vuelve ligero, y encuentra sus propias llaves y puertas, su propio camino.

//

\\

El puertazo lo hizo casi saltar y erguirse en su silla en la esquina de la oficina. Quienes trabajaban a su lado ni se percataron y seguían con el constante pero arrítmico golpeteo de teclado. Con el estómago todavía lleno, el letargo de la media tarde era una secuencia de somnolencia y trabajo en cámara lenta. Junto al café frío estaba su celular haciendo de calculadora para encontrar la forma que los números cierren. Trabajando dos meses más tendría suficientes ahorros para tomarse esas dos semanas de vacaciones.

En una revista había leído acerca de ése lugar de increíbles playas y decidió que era el lugar perfecto para descansar sin gastar una fortuna. Después de haber navegado un poco más entre información sobre el lugar, encontró más datos para seguir armando su viaje. Leyó por arriba acerca de la inestabilidad reinante en aquellas fronteras, y encontró en artículo algunos párrafos que le bastaron para entender a sus dirigentes y habitantes. Pero poco después dejó atrás las cuestiones políticas y sociales, y volvió a enfocar su atención en las fotos que estaban en línea. Debía enfocarse en definir los detalles del viaje, en pedir los días a su jefe, y en comprar los pasajes. Sabía que hasta que no tuviese todo planeado no se sentiría tranquilo, y hasta esa intranquilidad estaba dentro de lo planeado. La ansiedad ya se había vuelto casi habitual y no molestaba, ya pronto tendría vacaciones llenas de playas y cielos azules.

\\ \\

\\ \\

Imagino a las nubes en la ciudad como el último poquito de naturaleza que aquí nos queda. Navegan el cielo de las ciudades esquivando edificios cada vez que nos olvidamos de mirar hacia el piso. Desfilan como si nada entre las enormes montañas de oficinistas. Nuestro impulso de transformar, de humanizar, no les hace ni cosquillas.

En las nubes encuentro formas caprichosas, cada vez que las describo cambian, haciéndome saber que allí puedo encontrar cualquier cosa, nuevas cosas. Cuando alzo la mirada estiro los brazos, abro mis manos y siento que quizá sea posible alcanzarlas, pero mis uñas rozan nada más que aire y agua.

De las nubes bajo para ver las hojas del árbol bailar con el viento de la tarde. Veo el reflejo de ése árbol en la mesa de vidrio sobre la que descansa mi libro a medio leer. Si enfoco mi mirada sobre el reflejo, el libro se pierde en una distorsión que me deja enfocarme en lo que está más allá y ver cómo las ramas mecen sus verdes hojas afuera. Creo que sería imposible que ambas imágenes quepan al mismo tiempo en una captura, pero seguro habrá un punto en el que pueda desenfocar la imagen del libro, cenizas de cigarrillo y aureolas de café, y también la de esas hojas bailando en el árbol.

Sé que puedo perderme lo suficiente para que todo sea ligeramente borroso, para que las cosas estén igualmente fuera de foco y al mismo tiempo continúen estando allí.

/

\

La luz de su pantalla seguía llenando sus ojos, y el cansancio lo hizo detener su rutina un segundo para estirar los músculos de su cuello. A lo lejos, distinguió su figura, vió que su mirada estaba clavada en el monitor. Él pensó que esa era la oportunidad perfecta para hacer una captura de ese pelo dorado que le fascinaba. Hacía tiempo que buscaba grabar una imagen mental de sus cabellos sin arriesgar una indiscreción que pudiese ser descubierta. Desde su escritorio el ángulo era perfecto para que él pudiese ver sus pies descalzos moverse planeando sobre el suelo. Más arriba, y paralelo a la línea de la lámpara caía su increíble cabello. Deseaba poder deslizar sus dedos en ellos, oler su perfume. Pocos días atrás había soñado con dos mañanas muy frías y sin sol, dos mañanas en las que esos cabellos de repente ya no eran los mismos. Algo había cambiado, ya no eran cómo los recordaba, la magia se había perdido, o ya no los recordaba, significaba esto que ya no podría tenerlos, ¿por qué? Qué pesadilla. Cuanto sosiego le trajo despertar y encontrarse con todo tal y cómo lo había dejado. Pero qué ridículo se sentía, esto debía parar. Sus pensamientos lo rodeaban en otra larga noche de horas extra en la oficina.

\\\\\\

\\\\\\

La luz todavía asoma por la ventana, iluminando tenuemente la sala. Es ahora la luna la que trae rayos. Luna llena, media noche, hora de despertar cual vampiro. Sediento de ideas. Junto al reloj, marcando hace meses las 22:10, hay una libreta y dentro un lápiz, señalando la última página en la que he escrito.

Sacudo sobre mis papeles aquellas preguntas de las que he llenado mi mochila. Los signos de interrogación enredan frases que ya no necesitan respuestas. Encuentro sucesiones con cierto brillo, color y encanto y las sigo, las leo en voz alta, lento, rápido, como afirmaciones y preguntas, susurrando, gritando, leyendo, inventando.

Creo que todos tenemos un punto del día en el que nos sentimos más inspirados. En cierto momento del día me siento más conectado y con más claridad. Deambulo entre la suficiente energía para hilar ideas, y el cansancio suficiente no encontrar el camino hacia las mismas conclusiones de siempre. Bajo la guardia, batallo menos conmigo mismo.

Hilo preguntas que le llevan lejos de cadenas, tradiciones y otros barrotes. Me largo a soñar, el mundo se siente ahora mi mundo. Siento que si dejase de tratar de leer, y en unas hojas de papel mas bien escribiese sobre aquel personaje que fuese capaz de bailar con más soltura con lo absurdo, ambiguo, y que explotara su libertad con más plenitud, yo también aprendería imitando sus movimientos. Dos siluetas, dos sombras.

Nuestros gestos acompañan la alza de energía, todo sube de a saltos. Todas esos brazos, manos y dedos se abren más, atrapan más aire, devoran el espacio. El tono crece, nos quedamos frente a frente y siento que en ésa silueta hay ojos que reflejan algo de hipnótico, algo en lo que perderse. Pero su rostro se aleja, me da la espalda y corre.



Tenía los ojos clavados en la puerta de salida. Ya era de noche y hace unas dos horas que esperaba. Casi todos se habían ido, pero él sabía que aquella persona todavía estaba dentro, y que saldría en algunos minutos. Sabía que iría a tomar la calle que bajaba hacia el centro, por lo que se refugió bajo un oscuro techo desde el que tuviese un ángulo claro y desde dónde pudiese luego comenzar la persecución. Desde la vereda del frente hacía ya un par de horas que él esperaba, estaba tenso, con frío y lleno de ansiedad.

Apenas unos minutos después de que las campanas anunciaran las seis, la puerta se abrió y dos sombras partieron con dirección al centro. Por detrás iba él, manteniendo distancia y un perfil bajo para pasar desapercibido, sus puños oscilaban cerrados, su paso era firme y enérgico. No tenía en claro qué pretendía, pero sabía que desde que se conocieron había algo en aquella persona que despertaba en él un profundo malestar. Sus interacciones, o el sólo ver cómo se manejaba, cómo hablaba, escuchar sus aportes en las discusiones, hacían que él se desesperase, lo llenaban de ira. El mero hecho de entrar en la misma habitación le revolvió el estómago. Siguió caminando y pensaba que quizá lo seguía para encontrar alguna fisura que pudiese hacer crecer para distanciarlo de su día a día.

El jueves pasado en la oficina, debió aplazar su almuerzo hasta horas después del mediodía para poder terminar tareas que tenía pendiente, y tuvo la idea de sentarse en la mesa principal del comedor. Usualmente se sentaba en aquél taburete frente a la ventana, el cuál era su favorito para almuerzos tranquilos en la oficina. Pero ese día la sala irradiaba una paz absoluta, por lo que eligió sentarse en la mesa principal del comedor. Segundos después de comenzar, vió a través del pasillo que aquella persona junto con un grupo de colegas se acercaban al comedor. Cerró los ojos, apretó el tenedor con su mano derecha, y dentro de sí explotó un sentimiento de amargo arrepentimiento y frustración. Las grotescas carcajadas se acercaban segundo a segundo, sus manos traían enormes platos sobrecondimentados que se olían desde lejos, y se ubicaron alrededor de él, como si fuese una redada. Ya no tenía cómo huir, ni dónde esconderse.

Fué rápido y evitó de manera bastante diplomática el saludo, con la idea de que un distanciamiento ayudaría a mantenerlo fuera de la obligación de interactuar, pero esto no sirvió de mucho. Intentó manotear excusas para escapar pero lo ataron con preguntas e historias. Y durante todo el almuerzo conversaron a los gritos, preguntando disparates sin dejar un segundo para que él siquiera intentase encontrar una respuesta a las preguntas que le dirigían. Buscó terminar tan pronto como fuese posible terminar con su comida pero su estómago se cerraba con cada segundo que pasaba rodeado de estos simios que hacían todo lo posible por producirle náuseas.

Los temas de conversación iban y venían, cada uno era más ridículo e irrazonable que el anterior, todos totalmente desconectados y sin lógica alguna. Pareciera que cada tema era un disparador de un monólogo individual al que el resto asistía con la intención de interrumpir regularmente con tangentes y más ridiculeces. Las cortas interrupciones alternaban y todo terminaba con un estallido de risas y fragmentos de comida a medio masticar que volaban de un lado al otro de la mesa.

No era la primera vez que la ira crecía dentro de él al punto llevarlo al límite, a sentir que explotaría y le daría a esta persona un golpe entre ceja y ceja. Pero reprimir toda esa furia lo dejaba congelado en una pose en la que vibraba de pies a cabeza, tensando cada músculo de su cuerpo en una pasividad siniestra.

Fueron esos sentimientos los que dieron lugar a la persecución. Quizá ahora iba entendiendo el por qué, pero el para qué todavía estaba lejos. Quizá lejos pero escondiéndose ahí adelante, en frente. Estaba totalmente convencido de que tenía que encontrar algo ese mismo día, allí afuera tenía que haber alguna clave para terminar con ese martirio. Descubrir, investigar, seguir buscando, seguirlo.

En las calles uno caminaba veinte metros por delante, y el otro lo seguía detrás, paralelo en la vereda

opuesta. La parsimonia exasperante con la que esta persona avanzaba lo volvía loco, le parecía que caminaba bajo el agua. Ir por detrás a un paso tan lento y con tantos nervios era para él una tortura. De repente, la persona se detuvo para observar unos discos en una tienda de música. Y él rápidamente encontró un café todavía abierto a esta hora (pero habitado por personas que en una mano sostenían un cigarrillo mientras que la otra sujetaba una cerveza subía y bajaba perdiendo rápidamente peso con cada ciclo). Era un lugar perfecto en el que refugiarse para que nadie reparase que que estaba parado observándolo desde el otro lado de la calle.

- Buenas noches joven, ¿qué le sirvo? - dijo quien trabajaba esa noche detrás de la barra.
- Si, eh... Deme una cerveza... - respondió él, sin perder de vista lo que pasaba en la vereda de enfrente.
- Sí, cómo no. ¿Qué cerveza le sirvo?
- ... ¿Cómo? ¿Cuántas qué?
- Cerveza, jefe, ¿qué cerveza quiere tomar?
- Ah, sí, sí, una sólo. Una.
- No amigo, pregunto si usted...
- No, no, no, deje que me tengo que ir.

Apenas vió que la persona retomaba su camino se puso de pié y tomó sus cosas. Se dió vuelta y saltó fuera del café para ver hacia dónde había ido, pero ya no había nadie frente a la vidriera, nadie en la vereda, no se veía un alma en los alrededores. Un segundo de distracción había sido suficiente para que la ciudad se lo devorase. Dió vueltas con un paso alterado durante media hora para intentar encontrarlo, dió vueltas en círculos persiguiéndose la cola, pero ni un indicio que le indicase hacia dónde se fué.

Volvió frustrado a su casa, frustrado, cansado, enojado, y lleno de pensamientos. Abrió su libreta como quien se dispusiese a delinear frases que traigan calma que con tanta urgencia ansiaba. Tomó con fuerza un lápiz, se irguió, y después de quedarse congelado frente al papel durante cinco minutos no pudo más que suspirar, dejar caer su lápiz al suelo, y clavar la cabeza sobre sus brazos que se extendían sobre la mesa. Desde las ventanas de sus vecinos podía verse a alguien derrotado en la penumbra de una triste cocina rompiendo en un lento y silencioso llanto que cubría de lágrimas a aquellas páginas vacías de tinta...

\\

///

¿Qué dicen los murmullos de aquellos sueños? ¿Buscan ellos volver a pensar el ayer o volver a pensar lo que vendrá mañana? Paso las noches sentado en este café leyendo y escribiendo historias, ideas, y sentimientos, viendo a través de la ventana todavía más, y pensando en ideas que podrían ser en papel, en palabras o en manos. Quizá si me sentase podría delinearlos, e ir encontrando la forma en el material, encontrar las palabras que traigan sonrisas y aprieten el alma a esos personajes. Estoy seguro que descubriré que no son más que desvaríos con cierto sentido de ritmo y rima, que no comunican mucho, ni acarrear tanta formalidad, serán algo así como cositos amorfos, algo que empezará a tomar una infinidad de matices una vez que sea leído.

En los círculos que camino hoy, sumo sonrisas que voy ofreciendo a quienes pasan a mi lado. Voy intercambiando buenas vibras con ellos, sus rutinas a veces se cruzan con mi día a día, muchas veces de lejos, otras a veces acercándonos un poco más. Yo llevo mis ideas de un lado para el otro, esas ideas son cositos que van cayendo de mis bolsillos. Llevo en el bolsillo de enfrente ideas plagadas de errores, siempre cayendo en cataratas por todos lados, y en otro de mis bolsillos voy cargando nuevos cositos que me voy encontrando en la calle. Imagíneme a tientas, tratando de palpar, escuchar, sentir lo que me rodea, imagíneme abriendo bien grandes los ojos y orejas a la hora de escribir esos cositos.

Vuelvo a casa, meto la cabeza en el ascensor y sacudo los rulos, dejando caer más cositos que seguramente van a pegarse a las suelas de los zapatos de mis vecinos. ¿Qué canciones irán cantando

esos vecinos de regreso a sus almohadas? ¿Qué melodías sonarán en sus cabezas cuando se rinden al sueño y lentamente caen en un despertar hacia una nueva luna de posibilidades? ¿Escaparán esos sonidos por debajo de sus puertas para llegar al resto de los departamentos?

/

\

Se arrastró hacia la habitación, se dejó caer sobre la cama y apagó la luz. Poco tenía eso que ver con realmente poder dormir. La oscuridad no le ayudaba en absoluto a cerrar los ojos ni por un segundo para descansar, nada le traía paz. Lo que lo inquietaba se movía ahí en frente entre las sombras, y cada uno de esos movimientos lo aterrorizaban.

\\

///

En el medio de la noche permanezco despierto con los ojos cerrados, la luz se concentra en mis párpados, creando sombras que delinear con ideas. Las siluetas se agitan más y más, empiezan a caminar por sí solas hasta que bailan en círculos. El único registro son mis risas y recuerdos. A estos últimos trato de guardarlos ligeramente borrosos para que al proyectarlos nuevamente traigan sensaciones, ideas, tangentes y distorsiones que sé que me van a hacer sonreír. Lo que guardo no son recuerdos, son sensaciones.

Entre pestañeos me entrego a una paz con la que puedo dialogar. Pocas palabras hay pero la energía hace que detrás de mis párpados los dibujos bailen. Con mis manos hago ondas que se expanden y crecen. Delineado historias inspiradas por mis dedos pero que tienen vida propia. Paisajes imposibles habitados por sonrisas y abrazos, contornos permeables, suspiros que aspiran y expiran nubes de colores.

Descanso mi mano sobre el papel lleno de sueños y mis párpados se abren ante la luna llena irradiando ideas.

/

\

él ya no sabía si su caminata de una punta de la habitación a la otra pasaba dentro de un sueño o dentro de su insomnio. Sentía que recorría de un extremo al otro un piano desafinado, con cada paso se hundía una tecla y se escuchaba un chillido. Caminaba entre teclas lacerantes, entre sonidos ajenos y sus propios quejidos de dolor. En cierto momento se olvidó del dolor y comenzó a pisar más fuerte a golpear con sus manos, a hacer cualquier cosa para tratar de forzar que algo diferente saliese de esas malditas teclas.

\\

///

Un largo acorde, y la imagen de nosotros dos en aquella esquina. Nos saludamos con cierta incomodidad. Hace tiempo de nuestro último encuentro. A pesar de mis esfuerzos, conversamos a lo largo del camino marcado por lo trillado. Compras, chistes, banderas, fútbol, rumores.

Con el tiempo he aprendido a equilibrar estas conversaciones con un solo movimiento de cintura que me deja bien parado para viajar. Pero con él es particularmente difícil poder llegar a hablar de ideas que vayan de norte a sur, a lugares donde la arena de las playas inviten, los bosques respiren, las ciudades pregunten, a lugares en los que perderse en nubes, en picnics, tierras lejanas e imposibles.

Si nuestras charlas son forzadas... sí, sin dudas las nuestras son charlas forzadas, pero necesito hacerle

llegar algo. Es como si juntos existiésemos sólo en estos efímeros momentos, y tuviésemos que aprovecharlos para llegar a un acuerdo, hacer concesiones que nos lleven más lejos a los dos. Sé que nuestra amistad es superficial pero siento que vamos en la misma canoa, nuestro vínculo tiene algo que lo hace ir hacia adelante en una dirección. Lo tibio de nuestra conexión nos sosiega a los dos, no construimos sobre él, ni lo abandonamos, pero siguiendo sólo con esto ciertamente nos hundimos.

/

\

Escapaba de una luz amarilla que lo castigaba. Se cocinaba por el calor y porque se había levantado con una ausencia total de confianza en sí mismo. Todo era sudor, todo quemaba, todo amarillo, todo lo opuesto a su insomnio a la oscuridad de sus tinieblas, todo del mismo tono de esos cabellos de ensueño. No entendía bien que estaba haciendo, sentía que si caminaba y su cabeza se ponía en marcha, durante cien metros encontraba certezas, luego los siguientes cien metros eras golpes en lo que perdía toda la confianza en mí mismo, al final quedaba sentado en el mismo lugar. Dudaba y hacía nada.

\\

///

Lo acompaño hasta un café que miles de veces me ha visto pasear mis pensamientos. Nos perdemos en el camino, divagamos entre calles e ideas. Cada uno tiene certeza de que es el otro quien está atendiendo el camino, nos reimos y seguimos. No son nuestros pies los que nos llevan, viajamos propulsados por las historias de las que hablamos, por la cinematografía de la noche.

Hablo con él y conversamos sobre cosas, sobre las cosas. Trato de compartir con él este sentimiento de andar llenándose de todo lo que vibra alrededor. Freno, hago una pausa, y todos esos estímulos estallan detrás de mis párpados. Nuevas asociaciones, distintas construcciones que busco y que dejo que me encuentren, y que lo encuentren también. Llegamos un mundo en el que amanece cada vez que uno levanta la vista hacia el horizonte. Junto algo de sonidos, texturas, sabores y aromas, los hago jugar con ideas. Los separo y los hago chocar para ver los colores que emiten. En mis manos voy sintiendo su peso y volumen. Abro con cuidado mis dedos y su silueta completa se dibuja. A este algo se lo llevará el viento apenas la ráfaga vuelva a soplar con un poco más de fuerza.

La luz amarillenta de una vieja farola protege a este café durante las noches. Y dentro de él hay una vela en el mismo tono que baila sobre mi mesa al ritmo de la música. Esos sonidos me llevan a mí, y a cada uno de los otros espíritus solitarios que el viento arrastra hasta esta esquina, a charlar sobre desvaríos.

Pausa, respiramos. Miro hacia afuera y el agua hace de espejo para que el sol de la mañana ilumine con texturas la fachada de aquel edificio de enfrente. Las ganas de iluminar, las ganas de reflejar, las ganas de observar, me ganó el sueño y caí en un colchón en la vereda.

Estas calles se sienten como un universo aislado por posibilidades. Una bomba explota fuera, la barrera deja de ser impenetrable, salgamos, invitamos a entrar. Ha sido sólo un niño con fuegos de artificio, juega a ser grande. Algo me invade. Plaga mis pensamientos e invade mis sueños. Abro de par en par las ventanas y le dejo a ése algo las llaves en la cerradura para que entre todos días sin tocar la puerta. Quizá así, cuando la llave gire en esa cerradura y se abra la puerta, saldremos de este universo a hacer cosas con las manos.



/ Escuchó pasos en la habitación, pensó que venían de ese mismo lugar. Miró hacia abajo, hacia arriba, pero era las ventanas las que vibraban. El sonido era cada vez más estridente, ya casi insoportable. ¡Basta! Un grito, y sangre. El llanto no mojaba, sino que aturdía y eran las manos ensangrentadas las que pintaban de rojo su rostro en un gesto con el que buscaba huir de esa sensación claustrofóbica. Por detrás se acercó alguien trayendo abrazos. Cuando sintió su débil presencia envolverlo supo que estaba a salvo.

/ . \ Yo veía una sombra acercándose, haciéndose cada vez más grande, envolviéndolo todo. Me sentía clavado al suelo, ya no había música, no podía escuchar sonido alguno. La sombra lo cubrió todo. Aquí al costado del camino tengo tiempo para pensar, para decantar ideas y verlas acumularse en el fondo. El piso del fondo es de un color negro muy profundo. Las partículas caen hasta allá abajo y al principio parecen perderse, hasta que se acumulan tantas, que la superficie del fondo comienza a ser visible. Cuando me muevo un poco siento que esas partículas se agitan y vuelven a subir. Todo vuelve a quedar nuevamente en suspensión. Aquellos contornos que habían comenzado a insinuarse nuevamente se pierden. Los contornos cambian y cuando las partículas vuelven a asentarse el paisaje es diferente. Mi cabeza es un coloide con cosas y cositos flotando de aquí para allá.

.  
. .  
.

Me levanto, cierro los ojos, sueño. Las preguntas ahora son herramientas con las que disfrutar. Me levanto cada mañana para preguntarme por qué me levanto, y cuando respondo, lo hago con variedad. Afirmaciones, dudas, más preguntas, dibujos, historias, con garabatos, y los movimientos de mis manos.

Los pinceles están en remojo junto a esta máscaras que visto. Siento y veo mis dedos llenos de pintura. Las máscaras son lo que mostramos pero son nuestros dedos, aquellos dedos que han contruidos las máscaras, los que cuentan historias.

Unas piedritas se desprenden mientras yo bajo hacia el río. Las piedras ruedan hasta el agua y lentamente encuentran su lugar en el lecho del río, yo bajo paso a paso hasta encontrar en la costa una roca sobre la que sentarme.

La brisa arrastra nieve y cada tanto trae algunos estremecimientos junto con imágenes que deseo escribir. Se está muy bien al sol, pero qué frío que está el viento. En este clima mi lapicera lucha por conectarse con el papel, cada palabra cuesta pero también ayuda a que la próxima salga más fácilmente. Hay una grieta en el hielo en la que puedo hundir mis dedos en el frío río. En el río hay infinitas gotas de agua llevando mensajes e historias. Me desconecto de cosas, lugares y personas para conectarme con esas gotas.

El hielo separa a la fina nieve que viaja sobre él, y el agua que va con otro rumbo por debajo. Siento cosas y cositos vibrar tenuemente pero con vigor por arriba y por debajo de esa capa. Flotando sobre el agua, hay una figura que he visto antes, que lleva otro máscara pero que copia cada movimiento que hago.

/ . \ . \ . /